



La tercera orilla IX



Había pensado en empezar este trabajo escribiendo que Tomás Vargas Osorio me llena de orgullo. Porque nació en la misma tierra (que he pisado bien y mal durante tantos años) o porque escribió para el mismo periódico que alguna vez publicó un cuento mío, crudo, por cierto. Y porque simplemente, a mi juicio, así suene deportivamente, tiene su propio lugar ganado en las grandes ligas de la literatura universal. Sin pretender exagerar, comparte lugar junto a grandiosos escritores de su tiempo: A vuelo de pájaro de papel y tinta menciono a: Eduardo Zalamea Borda, Horacio Quiroga, Juan Carlos Onetti, la señora Carmen de Gómez Mejía; por nombrar algunos. Porque la lista, hace un siglo, era maravillosamente extensa.

Pero ahora, después de aproximarme, por cosas del azar, a su obra, ya no creo sentir solo orgullo por nuestro insigne escritor santandereano. Hace algunos años un amigo liberal me prestó el libro “Biografías Imaginarias”: una joya literaria en forma de álbum fotográfico con retratos a blanco y negro de la vida del autor. Leer aquellas páginas fue seguir las pistas de un pasado maravilloso y diáfano que se aferró a esta tierra para no irse nunca.

Palmo a palmo reconstruye el artista las imágenes que nos resultan tan ciertas, tan cercanas que parecen las confesiones sublimes y mohínas de un pariente lejano. Plasmó, pues, a solas, el espíritu santandereano de su tiempo con una consagración de relojero ciego. Con sus historias redescubrimos antiguos rituales de camándulas, manoseadas en el murmullo fúnebre de las ocho de la noche. Casi se perciben las fragancias de aquellos ambientes donde actúan sus personajes: un tabaco encendido al final de la jornada, la tierra, recién parida de rocío; el rastro tibio de una yunta, calladas faenas de aparcería.

Es una lástima que la obra del escritor santandereano Tomás Vargas Osorio, aquel que nos honra con su eterno silencio hecho palabra, haya sufrido a través de los años una imperdonable apatía editorial por parte de su propio pueblo. Después de su muerte la Imprenta del Departamento alcanzó a editar una modesta producción en los años cuarenta que apenas si vaticinó para su nombre un prolongado anonimato.

El trabajo del escritor alcanzó una calidad asombrosa. Nadie después de haberlo leído creería que vivió una corta existencia. Tomás, me perdonan la confianza, escribió lo necesario para ser tenido en cuenta por la eternidad de las letras. Hoy su maestría de obturar la luz hecha palabra nos colma de un sentimiento fraternal. No pretendo ser crítico en esta aproximación. Simplemente me amparo en la frase aquella del escritor Jaime Ardila Casatmijana, escrita en el prólogo del libro de la colección Memoria Regional que reeditó decorosamente la obra de Tomás Vargas Osorio en el año de 1990: “Considero la crítica como un empeño absurdo de llegar, por otros caminos, hasta allí, a donde fue el creador por el único sendero posible; el de su propia fiebre”.

Dicha fiebre irradió toda su obra, formando una leyenda, su breve poemario, el alambre de púas que enreda en la nostalgia, sus cuentos de hombres despatriados en las breñas tupidas del Magdalena.

Leer al maestro Vargas Osorio es recordar el pensamiento de otros grandes escritores que inmortalizaron su terruño como si fuera carne del corazón. Tomás hace la denuncia mordaz ya sin sus huesos, nos muestra cómo los campesinos son alcanzados hasta allí, hasta donde no hay carreteras, por las economías que perturban el sueño. Vargas Osorio me hizo recordar a Rulfo, los personajes de estos dos escritores parecen tener en común las vidas del hombre que vive en los campos latinoamericanos. Aunque nuestro Vargas Osorio es más esperanzador, sus personajes sueñan en arrebatos de optimismo que las cosas mejoraran.

Se destaca en la obra de Tomás Vargas Osorio el dominio del movimiento a través de su literatura, sobre todo en sus cuentos. Sentí que viajé sobre una grúa cinematográfica en el recorrido detallado de nuestra naturaleza. Algo se mueve en sus páginas: un tren que avanza sin pasado, dejando un rastro de cielo tiznado en el horizonte. Y cuando todo es calmo entra la lluvia como un personaje más de la trama, planteando su verticalidad como otra forma de movimiento. Un ejemplo maravilloso de esta propuesta lo pueden encontrar en el cuento: “Lluvia en el campo”. Todo se desplaza, el río que en su dorso lleva el sol a cuevas; todo cobra vida a pesar de la muerte. Tomás Vargas Osorio siempre tuvo la intención de hacer sublimes las vidas menores de su tiempo. En su trabajo consagrado de escritor febril descubrimos frágiles personajes temerosos del señalamiento público, inadvertidos y conformes que llevan sus pesares lejos de Dios, al tumbo de unos dados que ruedan por los vericuetos sombríos del destino.

Fotografió, con el daguerrotipo de las letras inmortales, paisajes mágicos, cada vez que revivimos su puño delirante, nos invita a asomarnos tras la ventana de un viejo tren que irrumpe en el paisaje, como el lomo de un río que serpentea entre los cerros. Cada estación lleva consigo su propia aura frondosa y verde, los senos de una vendedora de frutas tatúan la memoria de un personaje viajero, cautivado por la diversidad, describe la relación natural entre razas que refulgen como la espalda luminosa de un pescador a orillas del gran río Magdalena. Su luz hecha palabra es un pincel que da brillos en la piel verde del mundo.

“Qué pequeño es el universo; este globito frágil con parches de colores es lo que se llama “mundo”. Ahuecando la voz en la u, la palabra se vuelve inmensa, honda, dando la sensación

de todo lo misterioso y todo lo desconocido. Tiempo y espacio sin límites. Y sin embargo no es más que un globito cuyo caparazón parece dibujado por un rapaz de escuela. Mundo. ¿Comprenderá alguien esto? Desengáñese, que el universo es sólo lo que viene a situarse dentro del ángulo de la mirada. Un rostro de mujer. Eso es. Y nada más”.

Nuestro autor plasmó el paisaje como un universo aparte, como un paraíso habitado; antes que el hombre, antes que su añoranza constante de anhelar la cercanía de una mujer. Un erotismo puro y recatado ronda los soliloquios de las noches. Persiguió los halos del cielo caídos sobre las montañas, nos recordó que hubo guerras, si viviera, el escritor diría con seguridad, que en tal sentido, en el mundo no mucho han cambiado las cosas.

La obra de Tomás Vargas Osorio es una remembranza al palpito de un amor de juventud. Advierte colores en el aire. Oiba (el lugar de origen de nuestro noble personaje) después de su muerte parece ser un paraíso cristalino, nítido y preciso clavado en las montañas santandereanas. Mucho se ha dicho de la retórica del paisaje en el trabajo del escritor; los expertos han nombrado su estilo de varias formas: acuarela silvestre, paisajista de la poesía, iluminador, propositivo, y aquí vendría bien un prolongado etc., etc.

Practicó el hábito de dejar un rastro de soledades en compañía de su propia sombra. Así como fue hábil retratando paisajes, también con gran maestría reveló los estados de su espíritu. La soledad incierta, varada en el suelo de tablas del viejo hotel, junto al río que se aparea en silencio con la luna. Dentro de su deseo se percibe un erotismo fugaz e inútil que maquilla la melancolía. Es sabido que una enfermedad lo acechó ferozmente, aparte de la soledad.

“Mi vida es gris, como dicen los poetas. No sucede nada en mí. Todo sucede afuera, lo que quiere decir que yo me encuentro al margen de la vida. Me analizo y no encuentro la causa por la cual ningún hecho, ningún suceso se localiza en mi carne o en mi espíritu. Soy joven y sin embargo la vida está más allá de mí. Se me escurre entre los dedos ardientes e inútiles. Cómo envidio a los que corriendo por una carretera, de pronto dan un salto mortal sobre un precipicio. A los que despiden del empleo y se ven sin cama y sin comida. A los que sucede algo, entre tantas cosas como pasan. Yo soy más desventurado que todos ellos, porque la vida no se preocupa por mí, me desprecia. Una mujer. Yo necesito una mujer.”

Las mujeres inspiran, cómo negarlo, y en la obra del poeta un aroma de mujer ronda los encuentros fortuitos de la ilusión. Tal vez se sabía solitario por oficio; con ellas espantó la soledad de los rincones donde cabe la noche con gatos y tejados. Con las mujeres construyó la arquitectura traslúcida de sus sueños. No intenta ocultar nada al vivir su propia condena en los tiempos del ocaso perpetuo. Acostumbró transparentarse como el sol que viene siendo una moneda de 5 centavos caída en un charco después de la lluvia.

La prosa de don Tomás invita al trance fresco de la respiración de la naturaleza; mantiene viva, a pesar de la indiferencia del mundo, su lógica poética: la evocación constante del amor como

latido moribundo en el pecho de los hombres. Supo delante de su muerte, que sus huesos solitarios lo abandonarían a mitad del camino. Hoy siento en sus líneas un afán por encontrarlo todo. Su eterno retorno al desplazamiento, los tempranos días de remotas infancias, el primer beso.

Tomás Vargas Osorio nos deja el paisaje eterno, aromado de nostalgias fulgurantes. Describió desde su hábitat el pensamiento, la condición y las vicisitudes del hombre de estas tierras. Dio un valor universal a las imágenes del suelo que nos compete.

Paralelo a su obra, la vida de Tomás Vargas Osorio también sobresale porque estuvo ligada a una interesante actividad política y cultural. Participó activamente en los suplementos literarios de importantes diarios del país; fue pionero de movimientos artísticos. Y por cosas del destino estuvo al frente de la campaña presidencial de Enrique Olaya Herrera. Tomás ocupó cargos importantes en la política, en la Asamblea del Departamento y en el Congreso representando, mejor que nunca, a Santander.

Pero sus bases inmortales tienen su asidero en las contemplaciones filosóficas de la época. Convencido de que el hombre no puede vivir sin un orden de valores, divulga que requiere una base donde sustentar la razón de su existencia. Fue promotor de seguir el camino de la sensibilidad para llegar a la naturaleza. Comprendió que es importante anhelar ser libre, y gobernarse con un nuevo sentido de la dignidad humana. Tópicos que plantea en “La familia de la angustia”.

Tal vez los santandereanos encontramos en Tomás Vargas Osorio a nuestro más sublime retratista de paisajes. Saber que hemos recorrido los mismos caminos; que hemos escuchado el murmullo del hombre a orillas del gran río. Seguir aquel rastro nos hace sus cómplices. Tomás inmortalizó magistralmente aquella relación entre hombres desvalidos, añoranzas y paisajes.

Reconforta el espíritu ver cómo hay quienes quieren arrebatar a Tomás Vargas Osorio de los mantos del olvido. Los he llamado socorristas de la biblioteca fantasmal de nuestro pasado: por nombrar algunos, el maestro Rymel Serrano, el escritor Gonzalo España, el maestro Carlos Arnulfo Arias Mendoza, la licenciada Yaneth Lizarazo, estos últimos vinculados al programa de literatura Virtual de la Universidad Autónoma de Bucaramanga. Y también los jóvenes literatos como mi amigo John F. Galindo.

Sólo queda dar prisa al paso de librar nuestras memorias (hechas verso y hombre) antes que se adelante la indiferencia que nos rige de cuando en cuando. Ahora, gracias a esta dinámica, Tomás Vargas Osorio estará más cerca de nosotros. Tengo la sensación amorosa que experimento cuando me entero que un ser querido que está lejos, bastante lejos, regresa a casa.

